



IMP. SIMON RAÇON.

MONSEÑOR AUGUSTO
ARZOBISPO DE COLONIA

CAPÍTULO XVIII.

Recuerdos de Carlo Magno. — La catedral de Colonia. — El espíritu de otro siglo encuentra todavía imitadores. — El seminario y los Jesuitas. — Mis reflexiones en el museo de pinturas. — Dusseldorf. — La pompa del culto católico. — Inconsecuencia de los Evangélicos. — Las Bethanias de Kayserberta. — Su instituto y sus trabajos. — Diferencia esencial de los institutos católicos. — Hospital general de Berlin. — Las hermanas de S. Carlos Borromeo.

Los hechos famosos recordados siglos atrás se ofrecen á la imaginación en los sitios que los presenciaron, con cierto aire de misterio que aumenta sobremanera las impresiones que despiertan en el alma, grandes por naturaleza. ¡ Cuántas son, por ejemplo, las que se tienen atravesando el *Hôtel-de-Ville* ó la casa consistorial, la catedral y las célebres fuentes de la antigua Aquisgran (1)! Un soberano cuyas hazañas, por ser tan heroicas, han llegado á tenerse en parte como fabulosas, un rey que se hace tan temible de sus enemigos por el rigor de su espada, como amable por sus virtudes á la Iglesia, de cuyos derechos fué el mas leal y el mas intrépido defensor, un legislador, en fin, que consulta en todas sus disposiciones el provecho general y el lustre de su nación, será siempre memorable; y sus recuerdos que al través de los siglos sobreviven, no podrán contemplarse sino entre sentimientos de veneración y de respeto el mas profundo. Todos cuantos monumentos subsisten todavía en Aix-

(1) Aix-la-Chapelle.

la-Chapelle, pertenecientes á la época de Carlo Magno, son otros tantos argumentos de los esfuerzos de su valor y del fervor de su piedad. El precioso manuscrito de los Evangelios del siglo cuarto que trajo consigo, y hoy se muestra en la catedral desde una tribuna al lado del evangelio, cerrado en una caja de oro, su espada también de oro, terror de los enemigos de la fe en Francia y en todas partes, las santas reliquias que redimió de la profanación en que yacían, inspiran respeto en el alma para quien la fe conserva hoy y conservará siempre el mismo influjo á cuya sombra se realizaban las heroicas empresas de aquel ilustre monarca. Nuestro siglo no acaba de comprender esa mezcla de períodos tan distintos que forman la vida de Carlo Magno: un hombre que arrima la espada y se desnuda de la coraza para vestir cilicio y armarse con el rosario, un soberano que desciende del trono para postrarse en tierra y confundirse con el polvo en presencia de otro Señor, á quien adora como Rey de reyes y Monarca de monarcas, son lances para él que tienen mucho de poético, que no pasarán en su concepto de bellas utopías soñadas por los que gustan alimentarse de exageraciones. Porque, en efecto, aunque la filosofía entrevé lo que tienen de grande y de sublime rasgos semejantes, no se persuade sin embargo que han vivido corazones capaces de realizarlos. Yo me hacia estas reflexiones visitando el *Hôtel-de-Ville*, antiguo palacio que vió nacer á Carlo Magno, y cuyo recinto abrazaba un espacio tan considerable, que el suntuoso edificio de la catedral actual era una capilla interior, donde el piadoso monarca acostumbraba practicar ordinariamente sus devociones privadas.

Colonia no encierra ménos recuerdos que Aquisgran del esplendor que el catolicismo ostentó en otro tiempo en las provincias del Rhin. En medio de sus calles estrechas y tortuosas se alza en forma de cruz uno de los templos que mayor reputación gozan en el universo por su magnificen-

cia, por su riqueza y por sus tradiciones de diez siglos. Es este la catedral fundada por Egelberto. Las revoluciones y cambios sucesivos de que Colonia ha sido teatro en estos últimos tiempos han respetado el tesoro antiquísimo que allí se conserva, como muestra de la generosidad sin límites que distinguía á nuestros antepasados en todas las obras que consagraban al culto de Dios. La caja que contiene las cenizas de los Magos (1), valuada en seis millones de francos, que la diligencia de ciudadanos piadosos pudo libertar de ser presa de soldados enriquecidos mas de una vez con los despojos de Colonia, y la urna preciosa que contiene los restos de san Egelberto, son obras que nos llevan á otro siglo en que la piedad era explicada por tales caracteres. Sin duda yo no encontraba proporción entre el brillo de estas riquezas que se muestran como escondidas en una capilla de la iglesia, entre el esplendor arquitectónico de la iglesia misma, y la pobreza de los paramentos que intervienen en las funciones ordinarias del culto. Las generaciones modernas, tan léjos de haber enriquecido con nuevos dones á esta célebre catedral, la empobrecieron, robando parte de su tesoro á título de contribución, despojándola de las rentas que le dieron sus devotos, y condenándola de esta manera á quedar incompleta como existe hasta hoy. Sin embargo, en medio de esta pobreza, un don vino á enriquecer la catedral de San Egelberto el año pasado, probando de paso no haberse apagado totalmente el fervor católico que distinguiera desde atrás á la casa reinante de Baviera. Tal fueron los magníficos transparentes obsequiados por el rey actual, que se hacen admirar por su primorosa belleza. Consuela por cierto ver revivir, aunque sea de tarde en tarde, ese espíritu del que tantos y tan bellos recuerdos conservan las viejas catedrales de la Europa. Esta reflexión tuvo ocasión de repetir, advirtiendo las costosas reparaciones que se ha-

(1) Trasladadas allí de Milan por Federico Barbaroja. (Butler.)

cen en el templo de Santa Úrsula y sus compañeras de martirio.

Colonia debe hoy al clero dos establecimientos que le honran. El primero es el liceo que dirigian los Jesuitas en el local mismo que perteneció á este instituto. El protestantismo, á quien nada debe Colonia, empeñado en arruinarlo, triunfó al fin, arrojando á sus directores de una manera tan estrepitosa como injusta. ¿Mas cuál era el delito de aquellos individuos? Yo visité su establecimiento, observé en él buen sistema de educacion en general, contraccion al exacto desempeño de sus deberes así en los profesores como en sus alumnos; ninguna doctrina peligrosa para el Estado figuraba en los programas de los cursos, y ántes por el contrario los principios de subordinacion á la autoridad eran inculcados con esmero en el tierno corazón de los educandos. Su crimen era otro, y existia solo en la irritacion de sus émulos, que son los que en todos los países inspiran en la juventud odio á los buenos principios y amor á la licencia de costumbres. ¡Ved ahí el crimen castigado con un destierro por los que predicán tolerancia y hablan á los pueblos en nombre de la libertad! El segundo es el museo de pinturas y antigüedades formado á sus expensas por el presbítero Wallnaff, profesor en la universidad, y en el que sobresale el admirable cuadro del *Cautiverio de Babilonia*, obra del jóven artista Bendemann. Este servicio prestado á la literatura me hacia subir á época mas remota, y recordar uno de primera magnitud rendido allí mismo por el clero á las ciencias naturales y sagradas. Alberto el Grande enseñó en Bolonia los principios profundos de la filosofía y los divinos de la teología, allí dió sus pasos avanzados en las ciencias naturales, é hizo sus curiosas investigaciones en los secretos de la física. En el museo se conservan algunos de los utensilios empleados en su estudio por el profundo naturalista..... Es todo lo que resta á Colonia de su célebre Alberto Grood, cuya escuela produjo

al gigante entre los sabios, el inmortal Tomas de Aquino.

En Aix-la-Chapelle, en Colonia y generalmente en todas las poblaciones de las provincias del Rhin donde me detenia, notaba en el pueblo bastante devocion, pues las iglesias estaban llenas así en los oficios de la mañana como de la tarde: los esfuerzos del protestantismo y del ateísmo han encontrado allí en la religiosidad acendrada de la mayoría católica una barrera hasta hoy invencible. En Dusseldorf presencié uno de esos espectáculos solemnes que explican de un modo exacto la fe de quienes los representan, á la vez que edifican á sus espectadores. Fué la procesion del Corpus que giro por las calles principales de la ciudad en medio de un inmenso concurso de pueblo, que miraba en silencio desplegarse toda la majestuosa pompa del culto católico, para celebrar el triunfo de la caridad que hizo á Dios quedarse morando entre los hombres. La bella estatua de la Santísima Virgen, llevada en andas, sostenida á hombro por niñas vestidas de blanco y adornada con guirnaldas de lirios y azucenas, la imágen del Salvador del mundo, soportada por jóvenes vestidos de negro, los alumnos de todas las escuelas católicas en número de tres mil, vestidos uniformemente y teniendo en sus manos flores y ramos de laurel, mas de dos mil luces encendidas que llevaban los miembros de diversas cofradías, así hombres como mujeres, las banderas y colgaduras que decoraban las puertas y las ventanas de las casas, los arcos triunfales bajo los que desfilaba la procesion y el canto religioso daban, en fin, á la ceremonia una majestad y un esplendor incomparable. No habria sido extraño ver algun acto ménos atento ó ménos respetuoso á la Divinidad, objeto de aquel culto, existiendo en Dusseldorf mas de diez mil protestantes; pero no sucedió así; y sin tropa ni agente alguno de policia que interviniese, nada ménos respetuoso se dejó notar. La procesion giró casi dos horas, y su gravedad solemne é imponente fué durante todo este tiempo siempre la misma.

Los Alemanes gustan de simbolizar los objetos religiosos que dan pábulo á las meditaciones del espíritu. Yo he visto reprobado muchas ocasiones esta práctica en América, donde existe conservada como herencia de la España; mas ninguna razon he oido aducir á sus impugnadores que pueda llamarse suficiente para condenarla. La Iglesia católica, aprobando el culto de las imágenes, aprobó la representacion de los objetos ahora invisibles para nosotros por medio de los sensibles y materiales que avivan la fe y aproximan nuestra alma al conocimiento de aquellos. En las prácticas religiosas, cuyo fin es acercarnos á la comprension mas perfecta de nuestro origen y de nuestro término, y estrechar relaciones mas íntimas entre nuestro espíritu que viaja hácia la eternidad, y Dios que en esta se nos promete como premio de nuestras virtudes, nada debe reprobarse de cuanto contribuya á mantener mas vivas y mas ardientes estas mismas ideas, y esté en armonía con la disciplina de la Iglesia. Yo, por mi parte, confesaré ingenuamente que las procesiones de imágenes que ví en las provincias del Rhin, muy semejantes á las que se acostumbran en América, me dejaron impresiones que recordaré siempre con provecho.

Cerca de Dusseldorf tuvieron su origen las diaconesas conocidas bajo el nombre de *Bethanias*, y á quienes el gobierno de Prusia ha destinado para el servicio de los hospitales. El Sr Fliedner, ministro luterano de Kayserberta, se propuso probar prácticamente que la reforma podia producir instituciones tan caritativas, tan nobles y tan heróicas como el catolicismo. « Miétras que la Francia católica, decia, se enorgullece con sus *Hermanas de la Caridad*, la Alemania que abrazó la reforma de Lutero tendrá tambien derecho para citar sus *Bethanias*, como prueba de que la animan sentimientos no ménos evangélicos que los de aquella nacion. » Rechazados por la reforma los institutos religiosos y condenadas sus bases, que son la abnegacion

y el voto, yo deseaba vivamente conocer esta congregacion, hija primogénita del protestantismo, constituida sobre nuevas bases y animada tambien de un nuevo espíritu. Ved aquí el resultado que me dió mi exámen. Las Bethanias, que cuentan doce años de fundacion, reconocen como padre al Sr Fliedner, quien reunió algunas paisanas en Kayserberta para vivir en su casa de una manera evangélica, como él les prometia. Él principiò dando á sus asociadas por superiora una pietista, que pagó para que las enseñase á llenar los oficios propios de una criada, y luego las ofreció á Federico Guillermo IV para la direccion del hospital real de Berlin. Las Bethanias no tienen regla alguna que observar, ni direccion espiritual que seguir; nada les es obligatorio, y la ejecucion de los oficios que llaman de su instituto no descansan mas que en el placer de cada una de las congregadas: ellas hacen y reciben visitas, aderezan sus ropas y cabellos como las mujeres que viven en el siglo, y su vida es ni mas ni ménos como la de cualquiera de estas mismas con todos sus caprichos y pretensiones, con la diferencia que, reunidas, lo pasan mejor que en su casa mediante la suma de cien thalers por año con que contribuye á cada una el Erario público de Prusia.

En las congregaciones católicas, cuyo instituto es practicar con perfeccion las obras de caridad, los individuos que se asocian principian por desprenderse de sí mismos, poniendo su voluntad en manos del superior de quien reciben una regla de vida, aprobada ya de antemano por la Cabeza de la Iglesia. Desde ese momento dejan de vivir para sí mismos interior y exteriormente, porque la regla que han recibido prescribe ocupaciones para cada dia á su espíritu y á su individuo; ocupaciones cuyo fiel desempeño vigilará un superior celoso de la puntual observancia de las reglas del instituto. No busca aquel la satisfaccion de sí propio al abrazar esta clase de vida, amarga y dura para nuestra condicion, ni espera ménos recompensas de la tierra; al con-

trario, corta con su voto toda expectativa mundana, cuando á los ojos de su conciencia y de sus superiores es hallado apto para la vida religiosa al fin de una larga probacion. Los efectos de este sistema son bien conocidos por todos: el que nada espera de los hombres ni nada hace por respeto á estos, sino todo por sentimientos sobrenaturales, tiene para obrar siempre los mismos motivos, cualesquiera que sean las circunstancias que intervengan. No sucede esto en el caso de las Bethanias. Sin esperanza estas de salir de la condicion oscura que les cupo al entrar en este mundo, la sociedad les presenta una subsistencia cómoda y sin abnegacion de ningun género, y un porvenir mas halagüeño que el bien mezquino que les ofrecia la estrechez de su familia. Las austeridades que en los monasterios católicos se prescriben para adiestrar á las asociadas en la consagracion al servicio del prójimo por la abnegacion de sí mismas, no son conocidas en esta nueva especie de religiosas: ningun voto las liga á obligacion de algun género, ningun acto extraordinario de piedad figura entre sus distribuciones ordinarias de trabajo, paseo, salon y comedor; los vínculos que las atan al mundo son mas fuertes desde que son mas positivas tambien las esperanzas que pueden abrigar para su porvenir; y á estas les dan derecho el dote de doscientos florines y un vestido completo que se les promete para el dia de su boda, no con Jesucristo por cierto por el sacrificio heroico de la profesion religiosa, sino con el novio que ellas mismas hayan podido procurarse entre los enfermos fiados á su cuidado, ó entre los mozos empleados en el hospital. La experiencia manifiesta muy á menudo que esta promesa no se ha hecho en vano á las hermanas Bethanias. El fundador, si tuvo el consuelo de ver aumentarse las vocaciones para su asociacion, tan ventajosa para las pobres paisanas, sufrió tambien el desagrado que debia causarle la disposicion del rey, que encontrando ser gravosas para el Erario las pensiones con que se les contribuia anualmente, así

como el dote á que les da derecho su agregacion al instituto, fijó su número á sesenta. Con toda certeza podria asegurarse muy corta vida á la obra del pastor Fliedner, si los florines del rey de Prusia no hubiesen venido á sostenerla: ella hasta hoy no se ha propagado, ni en Alemania, ni ménos en el extranjero. He dicho ántes que el hospital general de Berlin está puesto á su cuidado, y ahora añadiré que en el mismo tuve sobrado motivo para conocer la extension de la caridad que anima á estas mujeres asalariadas.

Yo me presenté á la puerta de Bethania, nombre de aquel hospital, y pedí á la hermana portera ser introducido para visitarlo. Estaba ella ocupada en poner encajes á una cofia; y despues de preguntarme de dónde era, me acompañó al salon, donde fuí recibido de la hermana secretaria, jóven como de veinte y cinco años y aderezada nada ménos que como correspondiera á un miembro de una asociacion de caridad. Mientras visitábamos la enfermería y demas departamentos de este magnífico edificio: «¿Cuántas son las religiosas, le dije, que ordinariamente cuidan aquí de los enfermos? — Nosotras no somos religiosas, me contestó, somos hermanas, y no tenemos voto alguno; las hermanas somos aquí treinta. — ¿Hay muchas que pretenden entrar en la congregacion? — ¡Oh! sí, muchas; pero no pueden ser admitidas por falta del dote. El rey no lo da sino á un número determinado, y este siempre está lleno. — ¿Sirven ellas mismas á los enfermos? — ¡Ah! no, señor; esto no puede ser, pues son jóvenes solteras.... preparan las medicinas, la comida, la ropa y lo demas necesario. — ¿Pero tratan con los médicos, dan las órdenes á los enfermeros, comunican con los demas empleados de la casa? ¿No es verdad? — Exactamente.» Y en efecto, yo, recorriendo los salones, no divisé ninguna hermana sirviendo á los enfermos; los enfermeros estaban ocupados de esto mientras aquellas conversaban muy descansadas acá y allá con unos y con otros. Yo he hecho ver en otra parte los inconvenien-

tes que tienen los establecimientos de caridad sostenidos como ramo de administracion, y son los mismos que presenta el hospital de las Bethanias. Aquellos salones tenidos con lujo si se quiere, y su servicio exacto á fuerza de mudar sirvientes cada dia (1), estaban sin embargo muy léjos de llenar las exigencias mas premiosas de los pacientes: las exigencias morales. El alma participa de las dolencias del cuerpo, y necesita como este su tratamiento especial, que las Bethanias ni sus dependientes conocen absolutamente. Mucho me ponderaba la hermana los servicios de sus cólegas, mucho mas la vigilancia y actividad de la superiora, que actualmente estaba en cama, concluyendo con recomendarme la lectura de una memoria leida por el pastor superior del establecimiento en el último aniversario de este (2). «¿Cuál es hoy la enfermedad dominante en el hospital? le pregunté ántes de despedirme. — No lo sé, me respondió, porque eso pertenece al mayordomo y á los médicos; he dicho á V. que nosotras no curamos. — ¿Y el número actual de enfermos? — Preguntaremos, si V. gusta, pues tampoco es de nuestra incumbencia esto.» Lo que observaba, unido á los datos que suministraban sus mismas respuestas, me hacia bien conocer que las hermanas no prestaban allí ni mayor ni mejor servicio que el que rinde cualquier asalariado en establecimientos análogos para mantener el órden de las salas. Hé aquí todo lo que hace la congregacion de sesenta Bethanias que dió á luz el protestantismo aleman, para demostrar al mundo ser él tan fecundo como el catolicismo para producir asociaciones que practiquen las obras de ardiente caridad. Los que conozcan este instituto y sus resultados participarán seguramente de nuestras ideas tocante á él. Y no son ideas del todo extranjeras á

(1) Expresion de que usó la hermana, para indicarme lo mucho que le costaba á la superiora mantener el órden del hospital.

(2) 1852.

los mismos protestantes, no por cierto: público es en Berlin el dicho del príncipe heredero de Prusia, que oyendo leer al pastor la memoria á que acabamos de aludir: «Bien podrán ser ciertas, dijo, las virtudes de las Bethanias que en ella se refieren; pero sus efectos no los vemos.»

Muy diferentes impresiones nos dejó la visita al hospital de las Hermanas de S. Carlos Borromeo (1). Esta congregacion, que prepara en Berlin á sus expensas un inmenso hospital, recibe miéntras tanto los enfermos en un local, pequeño por cierto para la solicitud de sus buenas religiosas. La superiora nos mostró los departamentos del hospital, y nosotros oímos allí ese lenguaje que no miente, y que sin hablar se hace entender con elocuencia superior á cuanta poseyeron los filósofos y los retóricos de todas las edades. Es el lenguaje de los hechos. Las religiosas curaban con sus propias manos á los enfermos, les mudaban la ropa de sus camas, les servian en los menesteres que repugnan por su vileza á quien no posee un alma de virtud superior, les daban cuando era menester los alimentos y las medicinas, y miéntras desempeñaban con angelical ternura todas estas obligaciones que su caridad les ha impuesto, no perdian momento oportuno de hablar tambien á sus pacientes sobre sus mas nobles y mas positivos intereses: los de la eternidad. Además de esta voz que no puede ménos de ser dulce para el alma, pues viene de donde mismo parten los consuelos para el cuerpo, el modelo que propone la Religion al cristiano que sufre, lo veía puesto en alto en cada una de las salas. No hay para el hombre ejemplo que le enseñe mejor á sufrir como el del Justo, que le dice desde el madero: «Yo sufrí siendo inocente; ¿y no habrás de sufrir tú que eres culpable?» El que no conoce la virtud escondida en los misterios de la cruz del Salvador sufre al-

(1) Congregacion de caridad establecida recientemente en Nancy de Francia, y hoy muy propagada en Alemania.

guna vez, pero desespera las mas: la filosofía no da paciencia ni concede resignacion, por mas que haga insensibles á los hombres. La paciencia es hija de la Religion, y esta no se estudia sino en los ejemplos de Jesucristo. «Nunca el hombre soporta mejor sus aflicciones como cuando ve padecer al inocente,» decia un filósofo que tuvo ocasion de conocerlo por sí mismo (1). «¿Cuántos enfermos tienen VV.? pregunté á la superiora. — Ciento sesenta hay hoy, me respondió inmediatamente. — ¿Y cuántos suelen curarse cada año? — En el pasado llegaron á seiscientos veinte y cinco, de los cuales trescientos veinte eran protestantes y el resto católicos. — ¿Qué enfermedad domina en el país? — La del pecho..... pocos son los trabajadores cuya salud resiste al clima malsano de Berlin sin deteriorarse mucho. — ¿Tiene el hospital alguna renta? — Ninguna, señor....; pero contamos para nuestros pobres con el auxilio mas poderoso que puede desearse: contamos con la Divina Providencia, que nos asiste de un modo eficaz, proporcionándonos auxilios bastantes para llenar las necesidades de cada dia. Tenemos aquí católicos muy piadosos que se esmeran en ejercitar la caridad..... Entre otros los hay que sirven con su fortuna, y no bastando esto á su piedad, sirven tambien con su persona á los enfermos con una caridad edificante: son estos el príncipe Ceslao Radiwisky y la familia del príncipe Poniatowski. Hoy mismo vendrán ambos, y VV. podrán presenciar hasta dónde se extiende el fervor de estos ilustres Polacos....»

Mas yo deseaba ver el asilo para inválidos anexo al hospital, y pedí á la superiora me llevase á él. Creo que cuando no recibiese la sociedad otro servicio de las congregaciones religiosas que el alivio del crecido número de desgraciados que le recoge, habrian con él compensádole sobradamente la proteccion que le demandan de vez en

(1) Diderot.

cuando contra las maquinaciones de hombres sin corazon que gozarian en su ruina, aun cuando fuese á precio de sumir en la miseria mil criaturas infelices que de ellas reciben los medios de su bienestar. Ví en aquel hospicio algunos hombres sumamente viejos, otros baldados y sin arbitrio para adquirir la subsistencia con el trabajo de sus manos; cerca de estos ví algunos niños pequeños, todos fueron ántes del número de los infelices que recorren las calles y los lugares públicos, excitando la compasion de los que pueden socorrerles, todos de los que reniegan de su suerte puesta en frente de la de los ricos que nadan en la opulencia, y todos de los que á cada paso recibieron un duro rechazo, en vez de la limosna que pedian. Aquí en el seno de la caridad cristiana encontraron el abrigo que les negó la filantropía fria y egoísta, que ni comprende, ni compadece las miserias de los demas, ocupada solamente de las necesidades propias. El gobierno de Prusia, gastando millones de florines en su hospital dirigido por Bethanias y en su casa de asilo entregada á una especulacion particular, hace infinitamente ménos que unas pobres religiosas, que no cuentan para sostener sus pobres mas que con ofrendas voluntarias que el católico fervoroso deposita en su caja, y ellas multiplican con su diligencia, su ingenio y su ardiente caridad. ¡Cuánto no puede esta inspirada por el Cielo y dirigida en sus empresas por los sentimientos mas altos que pueden animar al corazon humano! Y al contrario, ¡qué triste es ver especulando á su nombre á personas sin corazon y sin conciencia, y que buscan medrar cuando simulan ocuparse del provecho de los demas! Mas ha llegado el tiempo de las realidades: la generacion humana, que juzga hoy comparando la naturaleza y los efectos de las cosas, concluye por rechazar instituciones que, como la de las Bethanias, nada poseen ménos que esa caridad para cuyo cuyo ejercicio ellas mismas se proclaman asociadas. El individuo que no alimenta en su espíritu el desprendi-